

Capítulo 1

Vam

Presente

Luz, luz blanca e inmaculada, por ninguna esencia jamás manchada, dolor, dolor, el yo en expansión sin límites, las fibras de ser en su máxima expansión, consciencia, unidad, el cosmos, el macrouniverso, la creación, el todo.

No hay lugar aquí para las mentiras, ¿cómo mentirle al infinito?, aquí todas las preguntas hallan respuesta. Soy el estado de plenitud total cuando el alma alcanza el último grado de perfección.

Soy lo que soy, miro a través de la vida de cuanto veo, y solo veo destellos de luz que nacen, brillan por un breve momento y luego se apagan; así son las vidas de los hombres, pequeños destellos en un cielo infinito bajo el mar de la eternidad.

Hoy el cielo es claro y limpio, las estrellas están tan cerca que se podrían alcanzar con solo alargar la mano lo suficiente. Una estrella errante cruza el Myth, dejando en su recorrido un hilo de plata que al morir ilumina brevemente la noche.

En el corazón de la estrella que acaba de caer, late un alma pura, un ser que piensa y razona el porqué de su existencia, su etérea vida pasa ahora a una fase de corporeidad y dolor. Solo los bosques se hacen ecos del acontecimiento, los seres sensibles del mundo sienten la nueva presencia que acaba de llegar, y al abrigo de la oscuridad de los restos de la estrella muerta, el recién llegado comienza a tomar conciencia de su nueva forma de existencia.

Es mediodía, el sol brilla alto en el cielo, ajeno a los asun-

tos de los hombres. Una larga hilera de carretas se dirige al Norte, son refugiados de la guerra, supervivientes que avanzan penosamente alejándose del horror y de la devastación.

Las carretas crujen, el sonido de los ejes al chirriar contra las ruedas, el relincho de los caballos que se encabitan se pierde en medio de la algarabía que la circunda. Multitud de personas, caballos y pertrechos avanzan juntos con los despojos que han podido cargar de un mundo que tiembla bajo sus pies. Son los supervivientes de la desgracia, los perdedores que siempre huyen.

El Norte brinda refugio y hacia allá se encamina la caravana, siempre al Norte, la mayoría de los que escapan son campesinos que cuidaban de sus cosechas. Antes las cosas eran sencillas, el devenir de los días era apacible, la rueda anual de la vida estaba marcada por el sustento del clan, las cosechas, la siembra, la recogida, las fiestas del solsticio marcaban el inicio y el final del periodo estival, las generaciones se sucedían preocupados todos de las mismas cosas, el devenir de la vida era sencillo y apacible.

En el periodo oscuro, con la llegada del frío y la estación invernal llegaba el recogimiento, la época de la muerte, cuando la actividad decrecía en la propia naturaleza y caían las semillas. Las gentes se reunían en sus hogares al calor de las hogueras esperando de nuevo la llegada del tiempo cálido y con él la fertilidad, el florecimiento y la exuberancia; no había grandes cambios.

Ahora todo ha cambiado y el orden natural se ha trastocado. En estos aciagos días, estos hombres lo han perdido todo y han abandonado cuanto tenían, muchos de ellos dejaron junto a las ruinas que fueron sus hogares a sus seres queridos, nada les queda, sus sueños y esperanzas pasan por vivir un día más.

El Sur arde con la guerra, en la cual no se respeta nada ni a nadie, entre susurros se habla de los narts, de su impla-

cable guerra contra los hijos de Dallan y Sepsis, contra los hombres.

Los campos, antaño verdes, están ennegrecidos bajo la bandera de la inquisición, los demiurgos —sacerdotes-magos de Addanc— están purgando a la población con las piras de fuego y sangre donde se sacrifica al «dios oscuro», por igual a hombres y mujeres. Montañas de cadáveres desnudos intentan alcanzar el cielo, en ellas seres con estertores de vida se retuercen en macabra manifestación del odio que siente Addanc por la humanidad.

La inquisición barre las tierras conquistadas en pos de los herejes, nadie está a salvo, los pecados son purgados a través de la sangre y la carne, se trabaja día y noche en las hogueras donde van los condenados.

Los refugiados huyen al Norte, el futuro que les aguarda es incierto, la vida apacible ha concluido y el camino que se abre ante ellos puede llevarles a su propio final, pero qué opción queda, tras ellos solo están los campos de exterminio, un camino a ninguna parte.

En los tiempos que habrán de llegar, los bardos y juglares cantarán las desgracias de los hombres y su sufrimiento.

Cuántas historias truncadas irremediadamente, cuántos lazos rotos, cuántas almas se separan para no volverse a encontrar...

La caravana que huye hace en un alto en el camino. Junto a la carreta que almacena los víveres del grupo, dos hombres de diferente posición social discuten enconadamente. Feimir, el cocinero, es un personaje pequeño y grasiento, pasaría de la edad madura, de poblada barba y enmarañado cabello rojo, con una gran barriga de la que hace alarde. Ataviado con vestiduras blancas y grandes delantales salpicados de restos de comida, que le confieren un aspecto cándido, ha experimentado la vida más intensamente de lo que su desaliñado aspecto revela, las arrugas de su rostro hablan de un duro pasado.

Frente a él Abados, hombre de gran estatura y compleción delgada, rostro huesudo y nariz aguileña, cuyos inquietos ojos negros miran siempre de reojo, ataviado con los hábitos monacales escarlatas de la secta de Daemos, que señalan su rango como abad de la orden. Se cuenta que Daemos fue uno de los semidioses de la antigüedad que ostentaba el poder de la sanación, fundó una orden de fieles dedicados a sanar y predicar llevando su saber y la palabra de la Triada por todas las tierras del Myth. La orden de los daemonitas, los seguidores del camino de Daemon, es una de las órdenes religiosas más influyentes en toda la tierra.

Abados se dirige a Feimir con voz apesadumbrada.

—Luces en la noche, malos presagios, los dioses del más allá se confabulan, las fuerzas oscuras están en auge, poderes ocultos, nieblas que los hombres no podemos ver.

—Tiempos aciagos son estos mi señor Abados, la muerte anida por doquier y siento en mis viejos huesos que es solo el principio del fin —contestó el cabizbajo Feimir.

—Razón llevas, maese Feimir, tan solo nos resta elevar nuestras plegarias a Dallan y Sepsis, solo su divina intervención puede salvarnos del abismo.

—La ayuda divina parece no llegar nunca, los hombres afrontarán esta lucha solos —dijo Feimir mirando fijamente a Abados.

—Solo la esperanza puede lograr derrotar a este tipo de mal —contestó Daemos mirando al cielo.

Enfrascados en disertaciones los encontró Gylweth, oficial del ejército del Grange. Era este un hombre fuerte y de elevada estatura, destacaba en el centro de su cara un gran mostacho negro a juego con dos largas trenzas negras, las cuales le caían sobre una sayal cubriéndole los restos de la cota de malla, y los harapos grises con bordados de oro, restos de su uniforme. Intentaba dar un aspecto marcial, armado tan solo con una pequeña espada corta de doble filo que le pendía al

costado derecho, se dirigió a ellos.

—¡Feimir, Abados, caballeros! —exclamó Gylweth saludando a los hombres.

—Saludos —exclamaron ambos.

—No es mi deseo interrumpir, pero la necesidad me ha conducido aquí —dijo Gylweth.

Centraron los hombres la atención en el recién llegado, fue Abados el primero en hablar.

—¿Qué se le ofrece, capitán?

—Antes de comenzar, advertirles debo que, aunque no sean soldados, cuanto les he de revelar ha de ser tomado con la más absoluta discreción —dijo secamente el recién llegado—. ¿Me han comprendido caballeros?

—Por supuesto, capitán, por supuesto —dijo Abados y Feimir también le secundó asintiendo con la cabeza.

Gylweth continuó.

—La noche pasada, el cielo se iluminó como la luz del día, como bien deben saber. Nadie sabe qué fue o qué pasó, la visión de los zingaros que ven el futuro nada revela, sus geis (encantamientos de poderosa magia) no consiguen una visión clara. Entre susurros hemos sabido que algo muy poderoso ha llegado a este mundo, creen que ha caído muy cerca de aquí; los gitanos están muy asustados y no consiguen ver el futuro. Son gentes que no se amilanan fácilmente, desde que sus ancestros fuesen bendecidos con el don de la videncia nunca sus ojos en mil años habían sido cegados, hasta ahora. Branwen, nuestro comandante, no ha mencionado el caso públicamente restándole importancia al asunto, pero el caso es que le preocupa, todo lo que se relaciona con Addanc, la magia y asuntos sobrenaturales que no pueda entender le preocupa, al menos en la medida que afecta a esta gente que está ahora bajo su protección. Hurr —carraspeó Gylweth, aclarándose la voz continuando—: Me ha sido encomendada la misión de partir en una

pequeña expedición para ver a qué nos enfrentamos. Yo no entiendo mucho sobre asuntos de esta índole caballeros, ustedes son eruditos, personas cultivadas, agradecería que me acompañaran y me asesorasen sobre lo que hallásemos, su seguridad está garantizada.

Tras las palabras del capitán, hubo un periodo de tenso silencio, la situación era comprometida, una cosa era disertar y especular sobre un tema, conjeturar y hacer elucubraciones, pero otra bien diferente era inmiscuirse en el asunto. Finalmente, ante la insistente mirada de Gylweth, ambos hombres aceptaron.

Más tarde Abados fue a despedirse de sus monjes y Feimir se encaminó hacia su carreta. Una vez en ella, tomó la precaución de poner viandas en sus alforjas, tortas, excelente queso de las estepas, un poco de asado de carne y del fondo de la alacena cogió una pequeña ánfora de vino dulce, junto a una espada de doble filo que poseía caracteres rúnicos grabados en la hoja. Ocultó todo bajo un amplio gabán y marchó al lugar donde le habían convocado, al extremo más alejado del campamento donde las carretas se habían detenido para hacer noche.

Abados, mientras tanto, ante sus acólitos depositaba en su bolsa pócimas y hierbas curativas, dedicaba unas palabras a los hombres que atentamente asentían obedientemente, sin preguntas, sin cuestionar nada de su maestro. Abados alargó la mano y agarró su largo bastón de monje, era esta una herramienta útil, indispensable para el caminante, y bien manejada en manos expertas una excelente arma.

A la hora señalada se encontraron todos. Acompañaban a Gylweth seis hombres fornidos con armas y corazas en mejor estado que el resto de la tropa. Sus uniformes y sus unidades revelaban su nivel de adiestramiento; eran lo mejor del campamento, el oficial no quería correr riesgos y había escogido los más bravos hombres de los que disponía.

Se saludaron brevemente y partieron por un sendero alejándose de la caravana, aguardaría dos días antes de partir, dándoles un considerable margen de tiempo.

El dispar grupo marchó en busca de la luz caída de los cielos. La jornada transcurrió agradablemente. Los bosques circundantes eran algo increíble, de verdes oscuros de gran belleza que embriagaba, de altos y milenarios robles que convivían con grandes extensiones de vegetación, los bosques más antiguos que algunos habían contemplado jamás, la humedad del ambiente hacía más corta y soportable la caminata.

El camino era agradable, la música de los bosques, aquella que solo escuchan quienes están en paz con sus dioses, les acompañaba.

Tras media jornada de camino, los soldados habían olvidado su condición y charlaban alegremente. Fuera de toda formación militar, una empatía de paz y armonía los envolvía, el sol calentando en lo alto, filtrándose entre las copas de los gigantescos árboles, emanaba del bosque hacia los hombres. Feimir bromeaba con el monje que más contento de lo habitual esbozaba en su cara una gran sonrisa.

Hacia el mediodía, en un pequeño claro hicieron un alto. En círculo, en una pequeña hermandad, los hombres compartieron sus viandas: los soldados pusieron sus raciones de combate, compuestas por pan de cebada, algo de arroz, restos del asado del día anterior y un pequeño hatillo con algunos dulces, repostería elaborada por los zingaros. La parte más apetitosa la puso Feimir, un excelente guiso de carne que apenas duró en la improvisada mesa, el vino dulzón y una pequeña vasija que contenía un exquisito estofado; fue muy bien recibido.

Duró la pequeña parada más de lo habitual, parecía que no hubiese preocupaciones en el mundo. Tras apurar los últimos bocados los hombres se pusieron nuevamente en marcha, sin prisas.

La marcha se prolongó hasta bien entrada la tarde. A medida que se iban acercando, siempre según las especulaciones de Gylweth, las emociones iban aumentando, se dejó la alegre charla de la mañana dando paso a un sepulcral silencio, tan solo roto por los pasos de los hombres al caminar.

Un muro de viejos y retorcidos sauces con sus colgantes y enmarañados ramajes les cerraba el paso, filtrándose a través de ellos un resplandor azulado.

—Capitán —dijo Abados, rompiendo el silencio reinante.

—¿Sí? —contestó Gylweth

—¿Está lo que buscamos tras esos árboles?

—Eso me temo, maestro Daemos, eso me temo —contestó Gylweth.

—Hurr —carraspeó Abados, visiblemente angustiado.

—¿Teme a lo desconocido capitán?

—Ahí fuera hay cosas inexplicables que no puedo ni siquiera comprender. Los hombres del Este, de donde yo procedo, desconfiamos de la magia y cuanto ella conlleva, medimos la distancia a nuestros enemigos tan solo por la largada de nuestras espadas, las cosas son fáciles allá, aquí en estas tierras he visto cosas que mis padres jamás creerían. No, miedo no, solo precaución, ahora silencio, no sabemos qué hay ahí detrás.

El capitán desenvainó su espada, los otros guerreros le imitaron y en silencio todos avanzaron por entre los árboles retorcidos.

Abados se refugió en sus pensamientos. Aquel hombre temía aquello que a él le hacía vivir, miraba con recelo su forma de vida y lo que él representaba, la magia era para Gylweth su doctrina y su forma de vida, los recelos y odio no le eran ajenos, pero aun así el rechazo de aquel hombre le hizo sentirse incómodo durante un largo periodo de tiempo.

El bosque parecía señalar el lugar donde había caído la estrella, los árboles estaban retorcidos sobre sí mismos, calcinados.

Anduvieron un buen trecho, la luz azul ahora era más intensa. Flanquearon la primera línea de árboles y siguieron más allá, era como si todo el bosque se retorciera sobre sí mismo. Tras los restos de unos viejos robles, que negándose a doblarse se habían partido en mil pedazos, apareció una senda que parecía llevar al lugar que buscaban. Anochecía y los guerreros improvisaron antorchas siguiendo adelante.

Al no mucho caminar, en un pequeño claro, hallaron lo que buscaban. La luz celeste de la estrella caída cicatrizó en el agua que se convirtió en hielo, dando lugar a un paisaje espectral de tierra quemada y roca fundida, confiriendo al lugar un aire fantástico y misterioso. En el centro del claro, un bloque de hielo descomunal reflejaba la luz de las antorchas en mil colores, aunque el azul era el que predominaba creando un monumento precedero a la belleza sin par. Olvidando toda cautela, cada hombre se dedicó a explorar la visión que tenían ante sí: una montaña gigantesca de hielo azul en medio del bosque, el hielo del cristal helado descomponía la luz creando cataratas de color.

«Una figura esculpida por el mismo U'N», pensó Abados, pero cuando acercó su dedo al hielo, el contacto hizo que una gran porción de este desapareciese casi por arte de magia.

—Nadie nos creará jamás —musitó Feimir—. El hielo se fundirá en unos días y todo este lugar desaparecerá.

—Salvo de nuestros recuerdos —contestó Abados.

Gylweth fue el primero en ver al hombre en el gran centro del hielo. Dentro de un gran huevo de hielo azul, permanecía este abrazándose las piernas con los brazos, como un neonato que no ha visto la luz del día.

Encerrado en la prisión helada, había un hombre joven cuya edad sería difícil de precisar, pues aunque tenía un fuerte y poderoso aire viril, su rostro hacía gala de la inocencia propia de un adolescente. De cuerpo musculoso y bien formado, poseía una elevada estatura, sus oscuros cabellos

eran una maraña que le tapaba parcialmente el rostro. Con los ojos cerrados, el extraño encerrado en el hielo se moría a toda prisa.

¿Cómo llegó allá? ¿Quién era? ¿Estaría vivo?

Con la cautela propia de los hombres, Feimrir, Abados y Gylweth le sacaron del recipiente en el que se hallaba. El hombre estaba helado, con la piel muy fría, entumecido pero milagrosamente vivo. Lo arrastraron lejos, mientras los soldados permanecían absortos en la contemplación del hielo, que rápidamente desaparecía, ante la acción de los primeros rayos del sol. Ni siquiera hicieron gala de darse cuenta de la lumbre que encendió Feimrir para calentar al extraño, menos aún del hombre que recuperaba la vida junto a ella.

Los tres miraban sorprendidos al extranjerero, y donde un mortal común debía haber perecido, aquel ser luchaba para respirar; poseía un halo amigable que no les hacía temer nada, no se podía explicar, simplemente se sentía.

La mañana comenzó a despuntar y con ella lentamente el aparecido iba abriendo los ojos al mundo, la oscuridad se hizo a un lado y llegó la luz.

«Luz, luz blanca, recuerdos en mi mente. ¿Qué soy? ¿Quién soy? Sensaciones extrañas en este cuerpo, extrañas sensaciones. Soy corpóreo, siento extremidades y miembros, músculos y huesos, carne, sangre y dolor. La angustia de lo que he perdido me sobrepasa, los recuerdos de lo que soy abandonan mi mente, deseo retener cada momento de la luz, de mi casa, de lo que soy, y cuanto más lo intento más rápido se van los recuerdos. Mi mente llora, lo estoy perdiendo todo, no, no, por favor, no. Siento frío, este cuerpo se quema cada vez que entra aire para alimentarlo, no deseo estar aquí. ¿Por qué han de ser las cosas tan difíciles? Mis hermanos se han ido, pronto no recordaré nada y lloro de amargura. La vida entra en mí en cada sorbo de aire. ¿Qué soy? Siento la presencia de alguien, hay algo más cerca, las sombras blancas

se tornan multicolores, todo es confusión y formas, siento el tumulto de la vida agitarse entorno a mí, siento el frío y el dolor, la calidez de la llama roja que baila y me reconforta. Hay otros seres que me observan, se me hace difícil respirar, el cansancio me vence, deseo soñar».

Los hombres, reunidos junto al aparecido, observaban como este se dormía como un niño.

Pasó una larga cantidad de tiempo y los soldados se acercaron al fuego, la mañana era gélida, la camaradería y amistad que les había envuelto al iniciarse la marcha había desaparecido, cada hombre de la tropa empezó a imaginar la procedencia del extranjero, todos tenían una idea de quién era.

—Un guerrero Nart —decían unos.

—Un campesino que había tenido la mala fortuna de encontrarse en aquel lugar —comentaban otros.

Todos excepto quienes le sacaron del hielo hablaban abiertamente. Por lo pronto, el hombre empezó a recuperar un color más humano, sintió el calor, mas no volvió a abrir los ojos que permanecían cerrados.

Mucho más tarde un tazón de sopa de hortalizas silvestres, recogidas por Daemon y preparadas por Feimir, le revitalizaron. El extraño personaje se recuperaba. Al principio su lenguaje no era más que balbuceos, signos y sonidos guturales, pero a medida que le hablaban iba respondiendo con sonrisas y gestos, pero no articulaba sonido alguno. Ante su desnudez todos contribuyeron con alguna prenda de ropa para el extraño.

Hacia medio día, cuando el extranjero pudo por fin incorporarse, decidieron partir de regreso. La premura por volver a la caravana se impuso, partiendo todos de regreso, con un nuevo miembro incorporado a ellos.

Feimir le bautizó con el nombre de un dios desaparecido de las tierras del Myth, el dios de la belleza, el Vam. Al aparecido no pareció disgustarle el nombre, y así nació Vam.

El regreso fue más rápido de lo esperado, desandar lo andado, la vuelta a casa, a la seguridad del grupo, y antes de caer la noche habían llegado.

Gylweth disolvió a sus hombres que se alegraron de estar entre los suyos, y él mismo fue en busca de su comandante Branwen. Nadie reparó demasiado en el extraño, a fin de cuentas solo era otro refugiado más que se unía a una caravana de desahuciados que luchaban para huir lejos de la guerra. Feimir se hizo cargo de Vam, que como un niño le siguió a su carreta. Más tarde la caravana continuó la marcha.

